

UN RELEGADO GOBERNANTE MEXICA IRRUMPE EN EL HORIZONTE ARTÍSTICO

Foto: Salvador Banuva



El amatlamatqui (Rogelio Marín), con el destrozado espejo adivinatorio de obsidiana

Foto: Salvador Banuva



En primer plano (izq a der): Samuel Máynez Champion, Patrick Johansson, Samuel Zyman, Gisèle Ben-Dor, Clara Brugada, Ragnar Conde y Leonardo Villeda

Samuel Máynez Champion

Es difícil de creer que dentro de la dramaturgia mexicana no haya existido jamás ninguna obra que celebre la gesta de Cuitláhuac, décimo regidor de México-Tenochtitlan y único vencedor de las huestes invasoras hispanas. Es tanto más extraño, dado que sí se han producido numerosas creaciones alrededor de Motecuhzoma II y Cuauhtémoc, desde obra escultórica, novelística, gráfica, poética y pictórica, hasta operística y teatral.

Merced a lo antedicho, surgió por iniciativa de Clara Brugada, alcaldesa de Iztapalapa, el encargo concreto para crear una pieza melodramática —la *Cantata épica Cuitlahuáztin*— que, finalmente, colma este afrentoso vacío.

La obra, de la mancuerna de Samuel Máynez Champion y Samuel Zyman, fue concebida como un retablo sonoro que plasma el entramado circunstancial del personaje protagonista en sus últimos meses de existencia, con énfasis en su oposición a permitir el arribo de los invasores y su comandancia de la refriega que los derrotó en la mal llamada “Noche triste” (ahora, acorde con la visión mesoamericana, rebautizada como *Noche Victoriosa*). Atendiendo a los pocos hechos conocidos y a la verosimilitud, el *tlahtoani* aparece retratado como un héroe trágico que, aún a sabiendas de la imparable destrucción de su mundo, estuvo dispuesto a ofrendar la existencia. Así, queda claro que fungió, de modo subliminal, como un adalid de la defensa de los ecosistemas del planeta, ya que, incidentalmente, fue víctima de la viruela, estigma viral que asoló, ayer como ahora con la COVID-19, el equilibrio de la vida humana.

El libreto de Máynez Champion le devolvió la palabra en su lengua materna, a él y a sus allegados, como elemento básico para reinsertarlos, vindicativamente, en el almacén anímico y conceptual de su ser; además de resolver con ello los dislates filológicos del melodrama. Esta operación lingüística —en el náhuatl clásico— fue posible gracias a Patrick Johansson, quien logró que la visión autóctona se refractara nítida, sin menoscabo del original castellano. La



presencia hispana se representa como una pesadilla ubicua que se cierne, implacable, sobre el horizonte existencial del indígena y su hábitat.

La partitura de Zyman integra los instrumentos musicales prehispánicos a la orquesta sinfónica europea proporcionando el adecuado marco sonoro que el argumento presupone; amén de que con ello se coadyuva en la preservación de la cosmoacústica mesoamericana.

Asimismo, la cantata se ancla, deliberadamente, en una lectura del hecho histórico que permite conocer lo anecdótico de “lo que fue” en un sentido más profundo, mediante el discurso sensible que el arte entraña. No sobra asentar que la irrupción de esta necesaria propuesta artística tiene el potencial, como pudo comprobarse en el estreno del 22 de octubre de 2022, para elevar la conciencia de los espectadores, emocionándolos al tiempo que los cuestiona, y entreteniéndolos al tiempo que los orilla a la reflexión. Es bien sabido que la etnia dominante de Mesoamérica cuando acaeció la llegada de los europeos tenía una indeclinable confianza en sí misma, consumada la conquista, sus hijos la extraviaron y sus nietos ignoraron haberla tenido.

Es indudable que al ser mestizo el mexicano, casi siempre confundido y polarizado, hay que hablarle de su antigua grandeza y cantárselo en la lengua de sus ancestros. Puede constatar, entonces, cómo se le iluminan rostro y corazón. El referido estreno, ante un azorado y complacido público de 6 mil personas en la Macro Plaza de Iztapalapa,

es decir, al aire libre y para asistentes de “a pie”, tuvo a más de 150 artistas en escena; amén de contar con la dirección escénica de Ragnar Conde, la musical de Gisèle Ben-Dor, la coral de Leonardo Villeda y su *Cantus Hominum*; además de siete solistas vocales de talla internacional, de las imponentes imágenes de Tomás Filsinger y Gerardo Medina, del vestuario de Brisa Alonso y de acertados diseños de iluminación, maquillaje, títeres, utilería, peinados etc. Todo un conglomerado humano decidido a hacer válido el epíteto de la ópera: un verdadero crisol de las artes.

No sobra referir que los autores manipularon las pulsiones de la convulsa identidad nacional mediante el fenómeno artístico, en aras de engendrar una percepción más favorable del ser mexicano y su esencia. Así se entendió y la ovación tributada al magno espectáculo —de 12 minutos de duración— lo comprobó a cabalidad. 🇲🇽

Samuel Máynez Champion. Violinista mexicano, profesor del Conservatorio Nacional de Música. Egresado de la Escuela de Música de la Universidad de Yale y del Conservatorio Giuseppe Verdi de Milán. Fue acreedor al premio del Instituto Italo-latinoamericano de Roma. Residió en Europa, recibiendo lecciones de maestros como Henryk Szeryng, Peter Rybar y Franco Gulli. Ha actuado como solista con las Orquestas Sinfónica Nacional de México, Finlandesa de Jyväskylä y en La Scala de Milán, el Regio de Turín, el Lincoln Center de Nueva York, la Sala Nezahualcóyotl y el Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México. En 1996 fundó el *Alauda Ensemble*, agrupación con la que ha realizado giras, grabaciones y estrenos, tanto de música mexicana como latinoamericana. Paralelamente a su actividad musical se dedica también a la creación literaria. Es un creyente fervoroso en los poderes curativos de la música y no tiene la menor duda de que, volando sobre sus alas, el hombre tendría mejores posibilidades de dignificar su existencia.